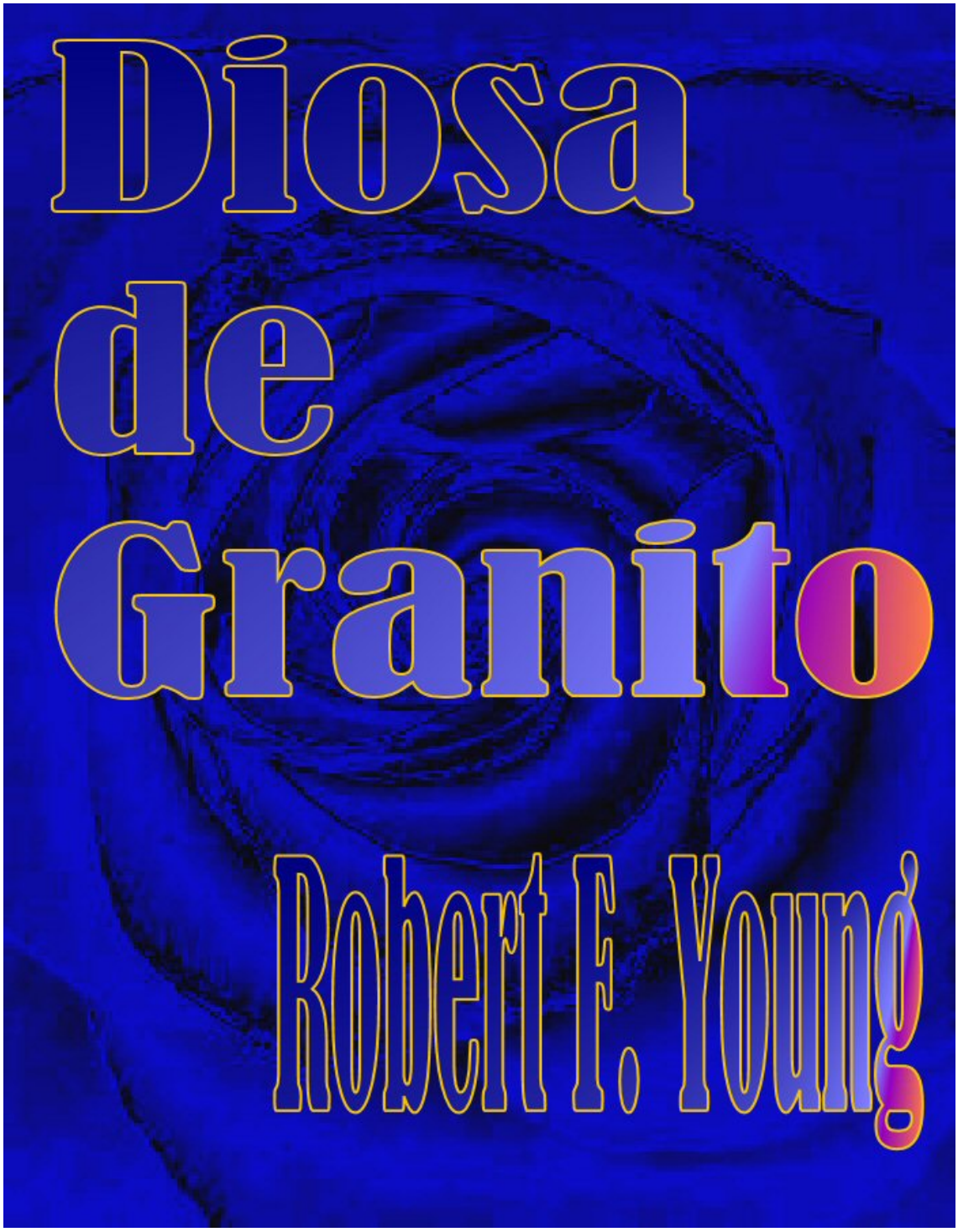
DIOSA DE GRANITO
Robert F. Young



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Cuando llegó al risco superior del antebrazo, Marten se detuvo a descansar. La subida no lo había agotado, pero la barbilla aún estaba a kilómetros de distancia y quería ahorrar fuerzas para el ascenso final hasta el rostro.

Miró el camino que había recorrido: la cuesta del risco ahusado del antebrazo hasta la losa de la mano, de un kilómetro y medio de ancho; los dedos de la giganta de granito internándose en el agua como promontorios esculpidos. Vio la lancha alquilada cabeceando en la bahía azul entre el pulgar y el índice y, más allá de la bahía, la superficie titilante del mar meridional.

Se acomodó la mochila y revisó el equipo de escalamiento que llevaba colgado del cinturón tejido: la pistola de pitones en la funda de traba automática, los cargadores con cartuchos extra, el paquete cerrado al vacío con las tabletas de oxígeno, la cantimplora. Satisfecho, bebió moderadamente de la cantimplora y la guardó en el recipiente refrigerado. Luego encendió un cigarrillo y sopló humo al cielo de la mañana.

El cielo sin nubes era hondo y azul, y Alpha Virginis brillaba en lo alto, bañando en tibieza y resplandor la cadena de montañas ginecomorfas conocida como la Virgen.

La Virgen yacía de espaldas, los lagos azules de los ojos eternamente fijos en el cielo. Desde su puesto de observación en el antebrazo, Marten tenía un buen panorama de los senos. Los contempló absorto. Se elevaban quizá a 3.000 metros sobre la meseta del pecho, pero como la meseta misma ya estaba a unos 4.000 metros sobre el nivel del mar, su altura real era de 7.000 metros. Sin embargo, no amilanaban a Marten. El no quería las montañas.

Poco después dejó de mirar las crestas nevadas y reanudó la marcha. El risco de granito se elevó por un tiempo, luego se curvó hacia abajo, ensanchándose gradualmente en las extensiones redondeadas de la parte superior del brazo. Ahora tenía una vista excelente de la cabeza de la Virgen, aunque la altura aún no le permitía ver el perfil. La pared de 4.000 metros de la mejilla era imponente a esta distancia, y la cabellera se revelaba como lo que era en verdad: un ancho bosque que se esparcía revoltosamente por las tierras bajas, derramándose en los hombros macizos casi hasta el mar. Ahora en verde. En otoño sería pardo, luego dorado; en invierno negro.

Siglos de lluvia y viento no habían mellado los contornos gráciles del brazo. Era como caminar por una avenida elevada. Marten iba a buen paso. Aun así, era casi mediodía y no había llegado a la cuesta del hombro; comprendió que había subestimado excesivamente la vastedad de la Virgen.

Los elementos habían sido menos benignos con la cuesta del hombro, y tuvo que ir más despacio, abriéndose camino entre hondonadas de poca profundidad, eludiendo fisuras y grietas. En ciertos lugares el granito era reemplazado por otras variedades de roca ígnea, pero el color general del cuerpo de la Virgen era el mismo: un blanco grisáceo, veteado de rosa, que evocaba asombrosamente la pigmentación de la tez humana.

Marten se sorprendió pensando en los escultores, y por milésima vez se puso a cavilar por qué la habrían esculpido. En muchos sentidos, el problema era semejante al de enigmas terrestres como las pirámides egipcias, la fortaleza de Sacsahuaman, y el templo del Sol en Balbek. Cuando menos era igualmente insoluble, y quizá lo fuera siempre, pues la antigua raza que una vez había poblado Alpha Virginis IX se había extinguido hacía siglos o había emigrado a las estrellas. De un modo u otro, no había dejado documentos escritos.

En lo esencial, sin embargo, los enigmas eran diferentes. Cuando uno contemplaba las pirámides, la fortaleza, el templo del Sol, no preguntaba por qué los habían construido, sino cómo. Con la Virgen ocurría lo contrario. Había empezado como un fenómeno natural -una enorme conmoción geológica- y en verdad los escultores, por hercúlea que hubiera sido su labor, se habían limitado a dar los toques finales e instalar

el sistema subterráneo de bombeo automático que durante siglos había alimentado los lagos artificiales de los ojos con agua de mar.

Y quizá la respuesta era ésa, pensaba Marten. Quizá la única motivación había sido el deseo de perfeccionar la naturaleza. Por cierto no existía ningún fundamento concreto para las motivaciones teosóficas, sociológicas y psicológicas postuladas por una cincuentena de antropólogos terrestres (que, en verdad, nunca habían visto a la Virgen) en una cincuentena de volúmenes técnicos. Quizá la respuesta era así de simple...

Los tramos meridionales de la cuesta del hombro estaban menos erosionados que los del centro y el norte, y Marten se acercaba cada vez más al borde sur. Tenía una vista espléndida del flanco izquierdo de la Virgen, y observó fascinado el magnífico acantilado sombreado de púrpura que se extendía hasta el horizonte. A ocho kilómetros de la articulación con la cuesta del hombro se reducía de golpe para formar la cintura; cinco kilómetros más allá se hinchaba para formar la cadera izquierda; luego, antes de esfumarse en la lejanía de color alhucema, se fundía con la curva gigantesca del muslo.

El hombro no era especialmente escarpado, pero Marten tenía el pecho cerrado y los labios secos cuando llegó a la cima. Decidió descansar un rato, y se quitó la mochila y se sentó apoyándose en ella. Se llevó la cantimplora a los labios y bebió un sorbo largo y fresco. Encendió otro cigarrillo.

Desde esa nueva elevación tenía una perspectiva mucho mejor de la cabeza de la Virgen, y la estudió embelesado. La meseta del rostro no se veía aún, desde luego, excepto la punta erguida de la nariz de granito; pero los detalles de la mejilla y la barbilla resaltaban con nitidez. El pómulo estaba representado por una estribación redondeada, y la estribación se perdía casi imperceptiblemente en el borde acanalado de la mejilla. La orgullosa barbilla era un peñasco aislado que caía abruptamente -demasiado abruptamente, pensó Marten- hasta el grácil risco del cuello.

Pero, pese a la atención meticulosa que los escultores habían prestado a los detalles, la Virgen, vista desde tan cerca, estaba muy lejos de la belleza y perfección que ellos habían buscado. La causa era que sólo podía verse una parte por vez: la mejilla, el cabello, los senos, el contorno distante del muslo. Pero cuando se la veía desde la altitud adecuada, el efecto era muy diferente. Aun a quince kilómetros de altura, su belleza era perceptible; a veinticinco kilómetros, era innegable. Pero había que subir aún más -había que encontrar el nivel exacto, en verdad- para poder verla como los escultores querían que se viera.

Por lo que sabía Marten, él era el único terrestre que había encontrado ese nivel, y había visto a la Virgen tal cual era, aflorando a una realidad enteramente suya, una realidad inolvidable que para él no resistía la comparación con nada conocido.

Tal vez el hecho de ser el único que había contribuido al efecto; eso, más el hecho de que entonces tenía sólo veinte años. Veinte, reflexionó. Ahora tenía treinta y dos. Sin embargo, los años intermedios no eran más que un telón delgado, un telón que había entreabierto mil veces.

Lo entreabrió de nuevo.

Después del tercer casamiento de su madre había resuelto ser un hombre del espacio y había abandonado la universidad para conseguir un puesto de camarero en la nave estelar Ulises. El destino de la Ulises era Alpha Virginis IX; el propósito del viaje, detectar depósitos de mineral explotables.

Marten había oído hablar de la Virgen, por supuesto. Era una de las setecientas maravillas de la galaxia. Pero nunca había pensado mucho en ella, hasta que la vio por el mirador principal de la Ulises cuando entraron en órbita. Más tarde no pudo quitársela de la cabeza, y varios días después del descenso «pidió prestada» una de las

balsas de la nave para ir a explorar. La hazaña le costó una semana de calabozo a su regreso, pero no le importó. La Virgen valía la pena.

El altímetro de la balsa indicaba 17.000 metros cuando la avistó por primera vez, y se le acercó en ese nivel. Pronto vio los espléndidos riscos de las pantorrillas y los muslos deslizándose abajo, el desierto blanco del estómago, el delicado anfiteatro del ombligo. Sobrevolaba las montañas gemelas de los senos, con la meseta del rostro a la vista, cuando se le ocurrió que elevándose podría tener una perspectiva mucho mejor.

Anuló el impulso horizontal y apretó el botón de altitud. La balsa subió rápidamente: 20.000 metros... 22.000... 25.000. Era como graduar el foco de una telepantalla. 27.000, y el corazón le palpitó con fuerza, 30.000... El medidor de oxígeno indicaba presión normal, pero él tenía cortada la respiración.

33.000... 34.000... No era suficiente. 34.200... Eres bella, oh amada, como Tirso, deseable como Jerusalén, formidable como un ejército con estandartes... 34.500... Los contornos de tus muslos son como joyas, obras de las manos de un orfebre exquisito... 34.600...

Trabó con fuerza el botón de altitud, fijando el foco. No pudo respirar, al menos no en el primer momento de éxtasis. Nunca había visto nada parecido. Estaban a principios de primavera, y el cabello era negro; los ojos eran de un azul primaveral. Y le pareció que la meseta del rostro trasuntaba compasión y el promontorio rojo de la boca estaba curvado en una sonrisa apacible.

Yacía inmóvil junto al mar, una belleza titánica salida de las aguas para entibiarse eternamente al sol. Las áridas tierras bajas eran una playa en verano; las ruinas chispeantes de una ciudad cercana eran un aro caído de la oreja; y el mar era un lago en verano, y la balsa, una gaviota metálica revoloteando sobre la costa.

Y en el vientre transparente de la gaviota iba sentado un hombre infinitesimal que nunca más sería el mismo...

Marten cerró el telón, pero pasó un rato antes que la imagen del recuerdo se disipara. Cuando al fin se disipó, Marten descubrió que estaba mirando con fijeza inquietante el lejano peñasco de la barbilla de la Virgen.

Estimó su altura aproximada. La punta, o cima, estaba casi en el mismo nivel que la cresta de la mejilla. Eso significaba 4.000 metros. Para calcular la distancia que debía trepar para llegar a la meseta del rostro, no tenía más que restar la altura del peñasco del cuello. El cuello tendría unos 3.000 metros; 4.000 menos 3.000 le daba 1.000. ¡1.000 metros!

Nunca llegaría, se dijo. Nunca. Intentarlo sería absurdo. Tal vez le costara la vida. Y aunque llegara, aunque pudiera escalar ese precipicio bruñido hasta llegar a la meseta del rostro, ¿podría bajar? Claro que la pistola de clavijas le facilitaría el descenso, ¿pero le quedarían las fuerzas necesarias? La atmósfera de Alpha Virginis IX se enrarecía rápidamente después de los 3.000 metros, y aunque las tabletas de oxígeno ayudaban, sólo servían por un período limitado de tiempo. Después de eso...

Pero eran argumentos gastados. Los había esgrimido cien, mil veces... Se levantó resignadamente. Se calzó la mochila en la espalda. Echó un último vistazo a la pendiente de trece kilómetros que bajaba por el brazo hasta los dedos que se adentraban en el mar, luego se volvió y caminó por la planicie del pecho hasta el comienzo del risco del cuello.

Hacía tiempo que el sol había pasado el meridiano cuando llegó frente a un suave desfiladero entre las montañas. Un viento frío soplaba cuesta abajo, barriendo la planicie. El viento era dulzón, y Marten supo que debía de haber flores en las montañas, acaso azafrán o su equivalente, creciendo en lo alto de los picos nevados.

Se preguntó por qué no quería escalar las montañas, por qué tenía que ser la meseta. Las montañas presentaban las mayores dificultades y por lo tanto el mayor desafío. Entonces ¿por qué prefería la meseta?

Creía saberlo. La belleza de las montañas era superficial, carecía del significado más profundo de la belleza de la meseta. Nunca podían brindarle lo que él buscaba aunque las escalara mil veces. Era la meseta -con sus lagos azules y seductores- o nada.

Apartó los ojos de las montañas y se concentró en la larga cuesta que conducía al risco del cuello. La pendiente era suave pero traicionera. Avanzó despacio. Si resbalaba rodaría cuesta abajo y no había modo de aferrarse para detener la caída. Notó que le costaba respirar y le llamó la atención hasta que recordó la altitud. Pero no quiso recurrir a las tabletas de oxígeno; más tarde las necesitaría mucho más.

Cuando llegó al risco el sol había completado la mitad de su trayecto en la tarde. Pero no se desanimó. Ya había renunciado al plan de escalar de inmediato el peñasco de la barbilla. Ante todo, había sido una presunción pensar que podría conquistar la Virgen en un solo día.

Tardaría por lo menos dos.

El risco tenía casi dos kilómetros de ancho, y la curvatura apenas se percibía. Marten iba a buen paso. Al avanzar, sentía el peso de la presencia acechante del peñasco de la barbilla, pero no lo miraba; temió mirarlo hasta que se irguió tan cerca que le tapó la mitad del cielo, y entonces tuvo que mirarlo, tuvo que alzar los ojos desde la hinchazón del granito de la garganta y fijarlos en la pared imponente que ahora cifraba su futuro.

Su futuro era lúgubre. No tenía puntos de apoyo para las manos o los pies: ni bordes, ni fisuras, ni salientes. En cierto modo era un alivio, pues si no había modo de escalar la barbilla no podría escalarla. Pero en otro sentido era una decepción inmensa. Conquistar la meseta era más que una mera ambición; era una obsesión, y el esfuerzo físico que implicaba la tarea, el peligro, los obstáculos, todo formaba parte de la obsesión.

Podía desandar el camino, bajar por el brazo hasta la lancha y regresar a la aislada colonia; y así como había alquilado la balsa, podía alquilar una nave. Menos de media hora después del despegue podría aterrizar en la meseta del rostro.

Pero estaría trampeando y lo sabía. No trampeando a la Virgen, sino a sí mismo.

Había otro camino, pero lo descartó por la misma razón que lo había descartado antes. La cima de la cabeza de la Virgen era un factor imponderable, y aunque los árboles de la cabellera podrían facilitar el ascenso, la distancia que había que ascender triplicaba la altura del peñasco de la barbilla, y la pendiente era quizá igualmente abrupta.

No, era la barbilla o nada. Por el cariz que ahora tomaban las cosas, era nada. Pero se consoló pensando que sólo había examinado una sección relativamente pequeña del peñasco. Quizá las secciones exteriores fueran menos difíciles. Quizá...

Meneó la cabeza. Las expresiones de deseos no lo llevarían a ninguna parte. El momento de la esperanza llegaría después de hallar un modo de subir, no antes. Echó a andar a lo largo de la base del peñasco, luego se detuvo. Mientras estaba allí, mirando esa pared imponente, Alpha Virginis se había posado mansamente en el mar derretido. La primera estrella ya era visible en el este, y la coloración de los senos de la Virgen había pasado del oro al púrpura.

A regañadientes, Marten decidió postergar la investigación hasta la mañana. La decisión resultó sensata. La oscuridad lo sorprendió antes que hubiera extendido la bolsa de dormir, y con la oscuridad llegó el frío cortante que daba fama al planeta en toda la galaxia.

Encendió el termostato de la bolsa de dormir, se desvistió y se metió en el interior tibio. Cenó una galleta vitaminizada y se permitió dos sorbos de agua de la cantimplora. De pronto recordó que no había almorzado, y ni siquiera lo había advertido.

Había algún paralelo en alguna parte, un elemento de déja vu. Pero la conexión era tan tenue que no pudo localizarla. Sabía que se le ocurriría más tarde, pero la mente humana eran tan tortuosa que se le ocurriría como el resultado aparente de otra cadena de asociaciones, y nunca recordaría la conexión original.

Se quedó tendido, mirando las estrellas. La masa oscura de la barbilla de la Virgen se erguía a su lado, tapando la mitad del cielo. Debía inspirarle miedo, soledad, pero en cambio le inspiraba seguridad y sosiego. Por primera vez en muchos años sentía satisfacción.

Tenía una constelación inusual casi directamente encima de la cabeza. Más que nada le recordó un hombre montando a caballo. El hombre llevaba un objeto alargado en el hombro, y el objeto podía haber sido muchas cosas, según como uno mirara las estrellas que lo formaban: un rifle, quizá, o un cayado; tal vez una caña de pescar.

Para Marten parecía una guadaña.

Se volvió de costado, gozando de su diminuto oasis de calor. La luz de las estrellas suavizaba ahora la barbilla de la Virgen, y la noche dormía en un esplendor delicado y silencioso. Esa era una de sus propias líneas, pensó en su modorra, un fragmento de ese fantástico fárrago de palabras y frases que había juntado hacía once años con el título ¡Levántate, mi amor! Un fragmento del libro que le había traído la fama y la fortuna, y a Lelia.

Lelia... Parecía tanto tiempo, y en cierto modo era así. Y sin embargo, en otro sentido, en un sentido extraño y urticante, Lelia era ayer.

La primera vez que la vio, ella estaba en uno de esos bares a la antigua, tan populares entonces en Vieja York. Estaba sola, de pie, alta, morena, escultural, bebiendo un trago en la tarde como si las mujeres como ella fueran el fenómeno más vulgar de la galaxia.

Había tenido la certeza, aun antes que ella se volviera, de que los ojos eran azules, y en efecto resultaron azules; azules con el color de los lagos de montaña en primavera, azules con la belleza de una mujer esperando el amor. El se le acercó descaradamente y se detuvo a su lado, sabiendo que era ahora o nunca, preguntándole si podía invitarla.

Para su asombro, ella aceptó. Sólo más tarde le dijo que lo había reconocido. En ese momento era tan ingenuo que ni siquiera sabía que era una celebridad en Vieja York, aunque no tenía por qué ignorarlo. Por cierto su libro había sido un éxito.

Lo había escrito el verano anterior, el verano en que la Ulises regresó de Alpha Virginis IX, el verano en que renunció a su puesto de camarero, curado para siempre de su ambición de ser un hombre del espacio. Durante el paréntesis del viaje su madre había vuelto a casarse; y cuando él se enteró alquiló una casa de verano en Connecticut, tan lejos de ella como pudo. Luego, impulsado por fuerzas que desconocía, se sentó a escribir.

¡Levántate, mi amor! hablaba de la odisea estelar de un joven aventurero en busca de un sustituto de Dios y el descubrimiento final de ese sustituto en una mujer. Los reseñadores clamaron «¡Épica!» y los psicólogos freudianos, quienes al cabo de cuatro siglos de adversidad aún no habían renunciado a psicoanalizar a los escritores, clamaron «¡Deseo de muerte!» Las diversas apreciaciones se combinaron felizmente para suscitar interés en el limitado mundillo literario y allanar el camino de una segunda y una tercera edición. De buenas a primeras, Marten se había convertido en ese misterio máximo entre todos los fenómenos literarios: un escritor novel y famoso.

Pero no había comprendido, hasta ahora, que su fama implicaba un reconocimiento físico.

-Leí su libro, señor Marten -dijo la muchacha morena que tenía al lado-. No me gustó.

-¿Cómo se llama usted? -preguntó él. Y luego-: ¿Por qué?

-Lelia Vaughn... Porque su heroína es imposible.

-Yo no creo que sea imposible -dijo Marten.

-Y a continuación me dirá que es un prototipo.

-Quizá se lo diga. -El mozo les sirvió, y Marten tomó la copa y saboreó la frialdad azul del licor marciano-. ¿Por qué es imposible?

-Porque no es una mujer -dijo Lelia-. Es un símbolo.

-¿Un símbolo de qué?

-No... no sé. De cualquier modo, no es humana. Es demasiado hermosa, demasiado perfecta. En verdad es un paradigma.

-Usted es igual a ella -dijo Marten.

Ella bajó la mirada y calló un instante Luego:

-Hay un antiguo cliché que en este momento vendría al caso -dijo-: «A todas les dirá lo mismo...» Pero presiento que no es así.

-Tiene razón -dijo Marten-. No es así. Hay otro: «Aquí estamos tan encerrados. ¿Por qué no salimos a caminar?»

-De acuerdo.

Vieja York era un anacronismo que se mantenía con vida gracias a un puñado de literatos embobados por el prestigio que daban los viejos edificios, las viejas calles y los viejos modos de vida. Era un laberinto grotesco y sórdido comparado con su bonita prima nueva de Marte; pero con los años algunas partes habían adquirido algo del pintoresquismo y la atmósfera que uno asociaba con la Rive Gauche de París, y si era primavera y uno se estaba enamorando Vieja York era un sitio ideal.

Recorrieron la soñadora vetustez de antiguas avenidas, las sombras frescas de edificios deteriorados por el paso del tiempo. Se demoraron en el desaliño del Central Park, y la primavera azulaba el cielo, y las hojas nacientes pintaban los árboles de verde pálido...

Había sido una tarde encantadora y, después, una velada encantadora. Las estrellas nunca habían brillado tanto, ni la luna había estado tan llena, ni las horas habían sido tan fugaces, ni los minutos tan dulces. Marten había sentido un mareo cuando acompañaba a Lelia a la casa, con pasos vacilantes; pero sólo más tarde, sentado en la escalera del departamento, advirtió el hambre que tenía, y simultáneamente advirtió que no había probado bocado desde la mañana...

En lo hondo de la noche de otro mundo, Marten se agitó, despertó. La extraña distribución de las estrellas lo sorprendió un instante, y luego recordó dónde estaba y qué se proponía. El sueño regresó sigilosamente, y él giró adormilado en la tibieza de su capullo electrónico. Sacó un brazo y lo extendió hasta tocar con los dedos la tranquilizadora superficie de la roca besada por las estrellas. Suspiró.

El alba vestía de rosa y se arrastraba por la tierra como una muchacha tímida. La siguió su hermana la mañana, vestida de azul, el sol como un rizo deslumbrante en el busto.

Marten estaba tenso, con una tensión que era una mezcla de ansiedad y espanto. No se permitió pensar. Comió metódicamente el desayuno concentrado, empacó la bolsa de dormir. Luego se puso a examinar sistemáticamente la barbilla de la Virgen.

A la luz de la mañana, el peñasco no parecía tan imponente como la noche anterior. Pero nada había cambiado, ni la inclinación ni la superficie lisa y vertical Marten sintió alivio y preocupación a la vez.

Luego, cerca del borde occidental del risco del cuello, encontró la chimenea.

Era una fisura de poca profundidad, con un ancho de quizá el doble de su cuerpo, tal vez creada por un movimiento sísmico reciente. Recordó de pronto los otros indicios de actividad sísmica reciente que había notado en la colonia sin tomarse la molestia de hacer averiguaciones. Unas cuantas casas resquebrajadas tenían poca importancia cuando uno estaba por resolver un complejo que lo había acuciado doce años.

La chimenea subía zigzagueando hasta donde alcanzaba a ver, presentando, al menos en los primeros trescientos metros, un medio de ascenso relativamente cómodo. Había innumerables grietas donde apoyar las manos y los pies, y algunas salientes. El problema era que no había modo de saber si los puntos de apoyo -o la chimenea misma- continuaban hasta la cima.

Se maldijo a sí mismo por haber olvidado los binoculares. Luego notó que le temblaban las manos, que el corazón le golpeteaba las costillas, y supo al instante que treparía la chimenea pese a todo, que nada podía detenerlo, ni siquiera él mismo, ni siquiera la certeza, si la hubiera tenido, de que la chimenea era un callejón sin salida.

Extrajo la pistola e insertó uno de los cargadores que traía en el cinturón. Apuntó cuidadosamente, apretó el gatillo. Las largas horas que había dedicado a practicar mientras esperaba el transporte del puerto espacial a la colonia dieron su fruto, y el pitón, arrastrando el cordel de nylon casi invisible, se incrustó en la elevada saliente que había elegido como meta inicial. El sonido de la segunda carga retumbó uniéndose al eco de la primera, y Marten supo que las raíces de acero del pitón se habían hincado en el granito, garantizándole seguridad para los primeros doscientos metros.

Guardó la pistola en la funda. Desde allí hasta la saliente, el cordel enrollaría por sí mismo la línea sobrante, rebobinándose automáticamente en la cámara a medida que él subiera.

Empezó a trepar.

Ahora tenía las manos firmes, y el corazón le latía normalmente. Había una canción dentro de él, zumbándole en silencio en todo su ser, inyectándole una fuerza que nunca antes había conocido, que nunca volvería a conocer. Los primeros doscientos metros fueron ridículamente fáciles. Los puntos de apoyo eran tantos que casi todo el trayecto fue como una escalerilla de piedra, y en los pocos lugares donde escaseaban las protuberancias, las paredes tenían la distancia ideal para subir presionando el cuerpo. Cuando llegó a la saliente, ni siquiera respiraba con dificultad.

Decidió no descansar. Tarde o temprano el enrarecimiento de la atmósfera se haría sentir, y cuanto más subiera mientras todavía estaba fresco, mejor. Se irguió enérgicamente, extrajo la pistola y apuntó. El nuevo pitón hendió el aire arrastrando la nueva línea y arrancando la vieja, hasta clavarse en la base de otra saliente a unos sesenta metros de donde estaba. La pistola tenía un alcance de trescientos metros, pero la estrechez de la chimenea y la incomodidad de su posición le imponían serias limitaciones.

Reinició el ascenso, ganando confianza a medida que avanzaba. Pero se cuidaba de mirar abajo. La chimenea sobresalía tanto del borde occidental del risco del cuello que al mirar abajo no sólo vería el tramo que ya había ascendido sino la pendiente de 3.000 metros del risco al pie de las montañas. No creía que su confianza pudiera asimilar el shock de una altura tan pasmosa.

El ascenso hasta la segunda saliente fue tan fácil como el ascenso hasta la primera. De nuevo decidió no descansar y, hundiendo otro pitón en una tercera saliente a unos ochenta metros de la segunda, reanudó el avance. A mitad del camino hasta la tercera saliente sufrió los primeros síntomas de falta de oxigeno, pesadez en las piernas y los brazos y respiración jadeante. Se deslizó en la boca una tableta de oxigeno y siguió trepando.

La tableta se disolvió, reviviéndolo, y cuando llegó a la tercera saliente tampoco quería descansar. Pero se obligó a sentarse en el angosto borde de granito, apoyó la

cabeza contra la pared de la chimenea y trató de relajarse. El sol le hería los ojos, y descubrió estupefacto que la celeridad del ascenso había sido subjetiva; en realidad habían pasado horas desde que había dejado el risco del cuello, y Alpha Virginis ya estaba en el meridiano.

Entonces no podía descansar; no había tiempo. Tenía que llegar a la meseta antes del anochecer, pues de lo contrario no llegaría nunca. En un instante se puso de pie, extrajo la pistola y apuntó.

Por un trecho las características del ascenso cambiaron. Su confianza no disminuía nunca y la canción silenciosa le zumbaba en el cuerpo con una cadencia creciente; pero la pesadez de las piernas y brazos y los jadeos se repetían cada vez con mayor frecuencia, infundiendo una atmósfera onírica a la aventura, y esta atmósfera a su vez estaba entrecruzada por los relámpagos de lucidez que seguían a cada tableta de oxígeno.

Las características de la chimenea, sin embargo, no cambiaron mucho. Se ensanchó en un tramo, pero Marten descubrió que apretando la espalda contra una pared y los pies contra la otra podía ascender con un esfuerzo mínimo. Luego la chimenea se angostó de nuevo y siguió trepando como al principio.

Inevitablemente, se volvió más audaz. Hasta ahora se había apoyado siempre en tres puntos, sin mover nunca una extremidad hasta no cerciorarse de que las otras tres estaban firmes. Pero al aumentar su audacia, su cautela disminuyó. Descuidó ese recurso con más y más frecuencia, y por último lo olvidó. Después de todo, pensó para tranquilizarse, un resbalón no tendría consecuencias. El cordel lo detendría a menos de un metro.

Y era cierto, siempre que el cartucho que acababa de disparar no fuera defectuoso. En su apresuramiento no advirtió que la línea de nylon no se estaba rebobinando, y cuando la cuña de piedra donde había apoyado todo su peso cedió, la idea de que la caída sería breve le aplacó el terror instintivo.

No fue breve. Al principio fue lenta, irreal. Supo instantáneamente que algo había fallado. Alguien gritaba allí cerca. Por un momento no reconoció su propia voz. Luego la caída fue rápida; las paredes de la chimenea volaron raspándole las manos, y escombros desprendidos le llovieron en la cara angustiada.

A los seis metros chocó contra una protuberancia en un flanco de la chimenea. El impacto lo arrojó contra el otro flanco, luego la saliente que había dejado un rato antes le golpeó brutalmente los pies y Marten cayó de bruces, sin aliento, los ojos ensangrentados por un tajo en la frente.

Cuando pudo respirar movió con cuidado cada brazo y cada pierna, fijándose si tenía quebraduras. Luego inhaló profundamente. Después se quedó un buen rato tendido, alegrándose de saber que estaba vivo y no tenía lesiones serias.

Enseguida comprendió que tenía los ojos cerrados. Sin pensar, los abrió y se enjugó la sangre. Se sorprendió mirando directamente la espesura de la cabellera de la Virgen, 3.000 metros más abajo. Se atragantó, trató de hundir los dedos en el duro granito de la saliente. Por un momento sintió náuseas, pero luego las náuseas pasaron y el terror se disipó.

El bosque se extendía casi hasta el mar, flanqueado por los magníficos precipicios del cuello y el hombro, el risco de trece kilómetros del brazo. El mar era dorado y reluciente en el sol de la tarde, y las tierras bajas eran una playa verde oro.

Había una analogía en alguna parte. Marten frunció el ceño, tratando de recordar. Hacía mucho tiempo ¿no había estado agazapado en otra saliente, o en un cerro, mirando otra playa, una playa verdadera? Mirando una...

De golpe recordó, y el recuerdo le inflamó la cara. Trató de devolver ese momento indeseado al subconsciente, pero se le escurrió entre los dedos de la mente, afloró y se irguió desnudo al sol, y tuvo que afrontarlo a su pesar, tuvo que revivirlo.

Después de la boda, él y Lelia habían alquilado la misma casa de Connecticut donde había nacido ¡Levántate, mi amor!, y él se había puesto a escribir su segundo libro.

La casa era encantadora, encaramada en un cerro que daba al mar. Debajo había una angosta playa de arena blanca adonde se llegaba por una escalera de caracol. Los brazos boscosos de una ensenada la protegían de los ojos curiosos de la civilización. Allí Lelia pasaba las tardes tomando sol desnuda, mientras Marten pasaba las mismas tardes tecleando palabras huecas y frases remanidas en el estudio.

El nuevo libro andaba muy mal. Ya no tenía la espontaneidad que había caracterizado la creación de ¡Levántate, mi amor! No se le ocurrían ideas, y cuando se le ocurrían era incapaz de darles forma. Parte de ese estado de ánimo, sabía, podía adjudicarse al matrimonio. Lelia era todo lo que podía desearse en una mujer, pero había algo que le faltaba, un algo intangible que lo acicateaba de noche y lo rondaba de día.

La tarde de agosto había sido caliente y húmeda. Una brisa soplaba del mar, pero aunque alcanzaba a agitar las cortinas de la ventana no era tan fuerte como para filtrarse por el aire estancado y ahuyentar la calma chicha del estudio donde él estaba sentado alicaídamente detrás del escritorio.

Y allí sentado, tecleando palabras y frases, forcejeando con ideas, percibió el sonido suave de la rompiente en la playa, y una imagen de Lelia, morena y dorada al sol, le invadió una y otra vez los pensamientos.

Pronto se sorprendió especulando sobre las posiciones en que podía estar tendida. De costado, tal vez... o acaso de espaldas, con la luz dorada en los muslos, el vientre, los senos.

Las sienes le latían ligeramente, un nerviosismo nuevo le dominaba los dedos, que se pusieron a jugar con el lápiz que tenía en el escritorio. Lelia inmóvil junto al mar, el cabello moreno derramado en la cabeza y los hombros, los ojos azules fijos en el cielo...

¿Cómo se vería desde arriba? ¿Desde lo alto del cerro, por ejemplo? ¿Se parecería a otra mujer tendida junto a otro mar, una mujer que lo había afectado de un modo misterioso, dando vuelo a su imaginación literaria?

Estaba intrigado, y con la intriga el nerviosismo se agudizó y el latido de las sienes se intensificó y decreció hasta adecuarse a las palpitaciones rítmicas de la rompiente.

Miró el reloj de la pared del estudio: las tres menos cuarto. Había muy poco tiempo. En media hora más ella subiría a ducharse. Se levantó con torpeza. Cruzó lentamente el estudio, entró en el living; atravesó el living y salió al porche enrejado que enfrentaba el prado verde, la cima del cerro y el mar centelleante.

La hierba era blanda bajo los pies y un sopor flotaba en el sol de la tarde y el eco de la rompiente. Cuando se acercó al cerro empezó a caminar a gatas, sintiéndose ridículo, y se arrastró sigilosamente. A varios metros del cerro se apoyó en los codos y los muslos y reptó el resto del camino. Apartó cuidadosamente la hierba alta y miró hacia la franja blanca de la playa.

Ella yacía directamente abajo, de espaldas. El brazo izquierdo estaba extendido hacia el mar y los dedos se mecían en el agua. La rodilla derecha estaba erguida, una grácil colina de carne dorada. La superficie tersa del vientre también era dorada, como las delicadas montañas de los senos. El cuello era un magnífico risco dorado que conducía al orgulloso precipicio de la barbilla y la vasta meseta dorada del rostro. Los lagos azules de los ojos estaban cerrados en un sueño apacible.

La ilusión y la realidad se entremezclaron. El tiempo retrocedió y el espacio dejó de existir. En el momento crucial, los ojos azules se abrieron.

Ella lo vio instantáneamente. Al principio lo miró con asombro, luego comprendió (aunque no había comprendido en absoluto). Por último curvó los labios en una sonrisa invitante y le tendió los brazos.

-Baja, querido -llamó-. ¡Baja para verme!

El latido de las sienes ahogó el sonido de la rompiente mientras bajaba a la playa por la escalera de caracol Ella estaba esperando junto al mar, esperando como había esperado siempre, esperándolo a él; y pronto él fue un gigante que recorría las tierras bajas, los hombros contra el cielo, estremeciendo el suelo con sus pasos titánicos.

Eres bello, oh amado, como Tirso, deseable como Jerusalén, formidable como un ejército con estandartes...

Una brisa, nacida de las sombras purpúreas entre las montañas, ascendió hasta su refugio, enfilándole la cara ruborizada y reanimándole el cuerpo maltrecho. Se levantó despacio. Miró las paredes enigmáticas de la chimenea, preguntándose si continuarían durante los trescientos metros y pico que aún lo separaban de la cumbre.

Sacó la pistola y arrojó el cartucho defectuoso; luego apuntó con cuidado y apretó el gatillo. Cuando guardó la pistola sufrió un vahído y buscó instintivamente las tabletas de oxígeno en el cinturón. Luego se tanteó buscando el paquete, palpando frenéticamente cada pulgada de la superficie tejida, y por último encontró los remaches diminutos que habían quedado al desprenderse el paquete en la caída.

Por un rato no se movió. Sólo quedaba una decisión lógica y lo sabía: descender hasta el risco del cuello, pasar la noche allí y regresar a la colonia en la mañana; luego pedir un transporte hasta el puerto espacial, tomar la primera nave a la Tierra y olvidarse de la Virgen.

Casi rió en voz alta «Lógica» era una bonita palabra y un concepto igualmente bonito, pero había muchas cosas en los cielos y la tierra que no abarcaba, y la Virgen era una de ellas. Se puso a escalar.

A los setecientos metros, la chimenea empezó a cambiar.

Marten no advirtió el cambio al principio. La falta de oxígeno le había ofuscado la percepción, y avanzaba en un sopor lento y continuo, alzando primero un brazo entumecido y luego otro, pasando el cuerpo abotagado de una posición precaria a otra posición precaria, pero más cerca de su meta. Cuando al fin lo advirtió, estaba demasiado exhausto para sentir miedo, demasiado atontado para sentir desaliento.

Acaba de encaramarse al refugio de una saliente angosta y había alzado los ojos para buscar otra saliente a la cual apuntar la pistola. La chimenea recibía el fulgor pálido de los últimos rayos del poniente, y por un momento pensó que la luz menguante le estaba distorsionando la visión.

Pues no había más salientes.

Tampoco había más chimenea. Se había estado ensanchando más y más; ahora se abría de golpe en una cuesta cóncava que llegaba hasta la cima. En rigor, nunca había habido una chimenea. En su totalidad, la fisura sugería más bien el corte transversal de un embudo gigante: la parte que él ya había escalado representaba el tubo, y la parte que aún le faltaba escalar representaba la boca.

La boca, como comprendió de un vistazo, sería difícil. La cuesta era demasiado lisa. Desde donde estaba no podía ver una sola prominencia, y aunque eso no descartaba necesariamente la posibilidad de que hubiera una con el tamaño necesario para usar la pistola. No podía incrustar un pitón si no había dónde incrustarlo.

Se miró las manos. Estaban temblando de nuevo. Iba a buscar un cigarrillo cuando recordó que no había comido desde la mañana y extrajo en cambio una galleta de la mochila. La comió despacio, la tragó ayudándose con un sorbo de agua. La cantimplora estaba casi vacía. Sonrió lánguidamente. Al menos tenía una razón lógica para escalar la meseta: renovar su provisión de agua en los lagos azules.

Buscó nuevamente un cigarrillo y esta vez extrajo uno y lo encendió. Soltó una bocanada de humo al cielo penumbroso. Irguió los pies en la saliente y se abrazó las rodillas con los brazos y se meció suavemente. Tarareó en voz baja. Era una vieja tonada de tiempos de su niñez. Abruptamente recordó dónde la había oído y quién se la había cantado. Se levantó furioso, arrojó el cigarrillo a las sombras crecientes y se volvió hacia la cuesta.

Reanudó su viaje hacia arriba.

Fue un viaje memorable. La cuesta eran tan ardua como parecía. Era imposible escalarla verticalmente, y tuvo que ir de través, zigzagueando de un lado a otro y apoyándose en irregularidades del grosor de un dedo. Pero su breve descanso y su comida condensada le habían devuelto las fuerzas y al principio no tuvo dificultades.

Gradualmente, sin embargo, la creciente rareza de la atmósfera se hizo sentir de nuevo. Se movía más y más despacio. A veces se preguntaba si avanzaba siquiera. No se atrevía a reclinar la cabeza lo suficiente para mirar hacia arriba, pues los puntos de apoyo eran tan frágiles que al menor desequilibrio podía aflojarlos. Y además pronto tuvo que afrontar también el anochecer.

Lamentó no haber dejado la mochila en la última saliente. El peso era un estorbo y parecía aumentar con cada metro que avanzaba. Habría aflojado las correas y se la habría quitado de los hombros, si hubiera tenido una mano libre.

El sudor le bañaba los ojos. Una vez trató de enjugarse la frente empapada en la pared de granito, pero sólo consiguió reabrirse el tajo, y la sangre se unió al sudor y por un rato no pudo ver nada. Empezó a sospechar que el peñasco era eterno. Por último atinó a enjugarse los ojos con la manga, pero aun así no vio nada, pues la oscuridad era total.

El tiempo se diluyó, cesó de existir. Marten se preguntaba si habrían asomado las estrellas, y cuando encontró puntos de apoyo menos frágiles que los precedentes reclinó la cabeza con cuidado y miró hacia arriba. Pero la sangre y el sudor le cubrieron de nuevo los ojos y no vio nada.

No pudo creerlo cuando tocó la saliente con los dedos ensangrentados. Había echado un vistazo fugaz, pero aún así estaba seguro de que no había salientes. Sin embargo había una. Temblando, fue subiendo el cuerpo fatigado hasta que encontró dónde apoyar los codos, luego alzó la pierna derecha hasta la superficie de granito y se encaramó a su refugio.

Era una saliente ancha. Pudo palpar su anchura cuando rodó sobre la espalda y dejó caer los brazos a los costados. Se quedó tieso, demasiado agotado para moverse. Luego alzó un brazo y se limpió la sangre y el sudor de los ojos. Las estrellas habían asomado. La belleza palpitante de cien constelaciones cuajaba el cielo. Directamente encima de él estaba la que había observado la noche anterior, el jinete con la guadaña.

Marten suspiró. Quería quedarse allí tendido para siempre, con la luz de las estrellas en la cara y la cercanía confortante de la Virgen, gozar de esa paz jubilosa, eternamente suspendido entre el pasado y el futuro, libre del tiempo y el movimiento.

Pero el pasado no lo consintió. Pese a sus esfuerzos por detenerla, Xylla corrió el telón oscuro y entró en escena. Y luego el telón se disolvió a sus espaldas y se inició el drama imposible.

Después del fracaso de la tercera novela (la segunda se había vendido gracias a la primera y había gozado de un éxito fugaz), Lelia había empezado a trabajar en una empresa de perfumes para que él pudiera seguir escribiendo. Más tarde, para librarlo del peso de las tareas domésticas, había contratado una mucama.

Xylla era extraterrestre, nativa de Mizar X. Los nativos de Mizar X descollaban por dos cosas: los cuerpos gigantescos y las mentes diminutas. Xylla no era una excepción. Tenía más de dos metros de alto y un cociente intelectual inferior a 40.

Pero pese a la altura era proporcionada, incluso grácil. De hecho, si la cara hubiera tenido algún atractivo, habría pasado por una mujer interesante. Pero la cara era chata, con grandes ojos bovinos y pómulos anchos. La boca era demasiado carnosa, y ese rasgo estaba acentuado por un labio inferior pendular. El cabello, que con un matiz adecuado habría podido rescatarla de la insulsez, era pardo y deslucido.

Marten le echó una ojeada cuando Lelia los presentó, dijo «tanto gusto» y la borró de la mente. Si Lelia pensaba que una giganta podía hacer las tareas domésticas mejor que él, allá ella.

Ese invierno Lelia fue transferida a la Costa Oeste, y para no tener que mantener dos casas dejaron la de Connecticut y se mudaron a California. California tenía una población tan poco densa como Vieja York. Hacía tiempo que la tierra prometida se había desplazado a las estrellas y aguardaba desparramada en un millar de sistemas todavía no explotados. Pero la ansiedad eterna del hombre medio por pasturas verdes tenía un aspecto favorable: las pasturas que dejaba se volvían exuberantes en su ausencia; había espacio de sobra para los sedentarios y los obstinados; y la Tierra, después de cuatro siglos de oportunismo, al fin se había asentado en su nuevo papel de centro cultural de la galaxia.

Había lujosas villas del siglo veintitrés diseminadas a lo largo de la costa de California Casi todas eran encantadoras y casi todas estaban desocupadas. Lelia eligió una color rosa, conveniente para su trabajo, y se sumió en una rutina idéntica a la que había dejado, excepto que trabajaba de tarde y no de mañana; y Marten se puso a escribir su cuarto libro.

O lo intentó.

No había cometido la ingenuidad de pensar que un cambio de aires lo arrancaría de su letargo creativo. Había sabido desde siempre que las palabras y combinaciones que tecleaba en la máquina tenían que venir de su propio interior. Pero sí había tenido esperanzas de que dos fracasos consecutivos (el segundo libro fue en verdad un fracaso, pese a su efímero éxito financiero) lo apremiarían al extremo de no permitirle uno más.

En esto se había equivocado. Su letargo no sólo persistió; empeoró. Notó que salía cada vez menos, que cada vez se encerraba más temprano en su estudio y sus libros. Pero no para escribir. Leía a los grandes novelistas. Leyó Tolstoy y Flaubert. Leyó Dostoievski y Stendhal. Leyó Proust y Cervantes. Leyó Balzac. Y cuanto más leía a Balzac, más lo asombraba que ese hombre bajo, gordo, rubicundo, hubiera sido tan prolífico, mientras él seguía tan estéril como las arenas blancas de la playa que tenía frente a la ventana del estudio.

A las diez de cada noche Xylla le traía el brandy en la enorme copa que Lelia le había regalado en su último cumpleaños, y él se recostaba en su sillón frente al hogar (Xylla había preparado un fuego con nudos de pino un poco antes) y bebía y soñaba. A veces se adormilaba, y luego despertaba sobresaltado. Por último se levantaba, cruzaba el pasillo y se acostaba. (Lelia había empezado a trabajar fuera de horario poco después que llegaron y rara vez volvía a casa antes de la una.)

El efecto de Xylla sobre él fue acumulativo. Al principio ni siquiera lo advirtió. Una noche reparaba en su andar, ligero por tratarse de una criatura tan grande, casi rítmico; y la noche siguiente, en la turgencia virginal del busto opulento; y la noche siguiente, en la curva grácil de los muslos amazónicos bajo la falda tosca. Al fin llegó una noche en que impulsivamente, o eso creyó en el momento, le pidió que se sentara para conversar un rato.

-Si es su gusto, señor -dijo ella, y se sentó a sus pies en una hamaca.

El no había esperado eso, y al principio se sintió incómodo. Pero paulatinamente, a medida que el brandy se le infiltraba suavemente en la corriente sanguínea, se adaptó a las circunstancias. Vio el reflejo del fuego en el cabello, y de pronto se sorprendió al

descubrir que pese a todo no era tan deslucido; el tono pardo tenía tintes rojizos, unos tintes serenos y sutiles que desmentían la obtusidad de la cara.

Hablaron de varias cosas, sobre todo del tiempo, a veces del mar de un libro que Xylla había leído cuando niña (el único libro que había leído); de Mizar X. Cuando ella hablaba de Mizar X, la voz sufría un cambio. Se volvía suave y aniñada, y los ojos, que a él le habían parecido opacos y vulgares, se volvían brillantes y redondos, e incluso detectó en ellos una tonalidad azul. Una tonalidad muy vaga, desde luego, pero era un principio.

Empezó a pedirle todas las noches que lo acompañara, y ella siempre accedía, siempre se instalaba dócilmente en la hamaca a sus pies. Aun sentada, era mas alta que él, pero la estatura ya no le resultaba turbadora, al menos no en el sentido de antes. Ahora esa vasta presencia tenía un efecto sedante, le producía cierto sosiego. Empezó a ansiar cada vez más esas visitas nocturnas.

Lelia seguía trabajando fuera de horario. A veces no llegaba hasta las dos. Al principio él se había preocupado; incluso la había retado por trabajar tan duro. Pero en algún momento había dejado de preocuparse.

De pronto recordó la noche en que Lelia había regresado temprano, la noche en que había tocado la mano de Xylla.

Hacía tiempo que ansiaba tocarla. Noche tras noche la había visto inmóvil sobre esa rodilla y se había maravillado una y otra vez ante su gracia y simetría, preguntándose si era mucho más grande que su propia mano, si era blanda o dura, tibia o fría. Al fin no pudo controlarse, se inclinó hacia adelante y extendió la mano, y de golpe los dedos de la giganta se entrelazaron con sus dedos de pigmeo y él sintió la tibieza de ella y conoció su proximidad. Los labios estaban muy cerca, y la cara de la giganta, y los ojos eran ahora de un azul vivido, un azul de lago azul. Y luego las malezas de las cejas le rozaron la frente y el promontorio rojo de la boca le ahogó la suya y se ablandó y los brazos de giganta lo estrecharon contra las montañas gemelas de los senos...

Entonces Lelia, que se había quedado atónita al entrar dijo:

-Empacaré mis cosas...

La noche era fría, y astillas de escarcha revoloteaban en el aire, reflejando la luz de las estrellas. Marten tiritó, se sentó. Miró los abismos pálidos, luego alzó los ojos hacia la belleza anonadante de las montañas gemelas. Pronto se levantó y se volvió hacia la cuesta, alzando instintivamente las manos en busca de nuevas prominencias.

Sus manos tantearon el aire.

Se sobresaltó. No había prominencias. No había cuesta. Y en verdad no había ninguna saliente. Ante él se extendía la meseta del rostro de la Virgen, pálida y fascinante a la luz de las estrellas.

Marten cruzó la meseta con lentitud. A su alrededor la luz de las estrellas se derramaba como una lluvia fulgurante. Cuando llegó a las rocas de la boca, apretó los labios contra la piedra fría e indócil.

-¡Levántate, mi amor! -susurró.

Pero la Virgen permaneció inmóvil bajo sus pies, como era de esperar, y él continuó la marcha, pasando ante el torno orgulloso de la nariz, forzando la vista en busca de los lagos azules.

Caminaba desmañadamente, los brazos flojos a los costados. Apenas se daba cuenta de que caminaba. La atracción de los lagos, ahora que estaban tan cerca, era abrumadora. Los adorables lagos con sus honduras azules e invitantes y su promesa de gozo eterno. No era de extrañar que Lelia, y más tarde Xylla, lo hubieran defraudado. No era de extrañar que ninguna de las otras mujeres mortales con quienes se había

acostado hubiera podido darle lo que él buscaba. No era de extrañar que hubiera vuelto, después de veinte años perdidos, a su verdadero amor.

La Virgen era incomparable. No había ninguna como ella. Ninguna.

Ahora estaba casi en el pómulo, pero ninguna extensión azul y estrenada rompía aún la monotonía de la meseta Le dolían los ojos de fatiga y ansiedad. Las manos le temblaban sin control.

Y luego, de pronto, se encontró de pie en la orilla de una enorme cuenca sin agua. Miró, estupefacto. Luego alzó los ojos y vio las malezas distantes de una ceja perfiladas contra el cielo. Siguió la línea de la ceja hasta donde se arqueaba hacia adentro y se convertía en el risco árido que una vez había sido el istmo suave que separaba los dos lagos... Antes que el agua se secara. Antes que el sistema subterráneo de bombeo hubiera dejado de funcionar, tal vez a causa de la misma conmoción sísmica que había creado la chimenea.

Lo había arrastrado un ímpetu excesivo y una avidez excesiva por poseer a su verdadero amor. Nunca se le había ocurrido que podría haber cambiado, que...

¡No, no podía creerlo! Creerlo significaba que ese pesadillesco ascenso por el peñasco había sido en vano. Creerlo significaba que su vida no tenía ninguna finalidad.

Bajó los ojos, en parte con la ansiedad y en parte con la esperanza de ver cómo el agua azul afloraba a la cuenca vacía. Pero todo lo que vio fue el lúgubre fondo del lago, y sus residuos.

Y residuos tan extraños. Jirones grises, objetos con forma de estacas, de un diseño raro, a veces articulados. Casi como... como...

Marten retrocedió. Se enjugó la boca furiosamente. Se volvió y echó a correr.

Pero no corrió demasiado, no sólo porque le faltaba el atento sino porque antes de correr más, tenía que saber lo que estaba haciendo. Instintivamente había ido hacia la barbilla. Pero convertirse en un montón de huesos rotos en el risco del cuello ¿sería muy distinto, básicamente, de ahogarse en uno de los lagos?

Hizo un alto a la luz de las estrellas, cayó de rodillas. La revulsión lo estremeció. ¿Cómo podía haber sido tan ingenuo, aun a los veinte años, para creer que era el único? Claro, era el único terrestre, pero la Virgen era una mujer vieja, muy vieja, y en su juventud había tenido muchos pretendientes, y ellos la conquistaban como podían y morían simbólicamente en las profundidades azules de los ojos.

Sus mismos huesos daban testimonio de la popularidad de la virgen. ¿Qué hacía uno al enterarse de que su diosa tenía pies de barro? ¿Qué hacía cuando descubría que su verdadero amor era una ramera?

Marten se enjugó la boca nuevamente. Había una cosa que uno no hacía: dormir con ella.

El amanecer era una promesa pálida en el este Las estrellas habían empezado a desvanecerse. Marten estaba en el borde de la barbilla, esperando el día.

Recordó a un hombre que había escalado una montaña hacia siglos y había sepultado una barra de chocolate en la cumbre. Una especie de ritual, sin sentido para los no iniciados. De pie en la meseta, Marten sepultó varias de sus pertenencias. Sepultó su niñez y sepultó ¡Levántate, mi amor! Sepultó la villa de California y la casita de Connecticut. En último término -con dolor, pero con determinación- sepultó a su madre.

Esperó a que pasara la aurora, a que los primeros rayos dorados del sol le tocaran la cara exhausta. Luego inició el descenso.